

El Deán Funes en Córdoba y en Buenos Aires

Por FAUSTINO J. LEGON (h.)

CRITERIOS INSTITUCIONALES. — LA ORTODOXIA
DE FUNES. — RECAPITULACION.

No obstante su decadencia en los posteriores decenios del siglo XVIII, Córdoba era en 1810 la rival de Buenos Aires. Su Universidad le había dado saliente prestigio y su sociedad era de mayor arraigo que la de Buenos Aires. Los Funes, sobre todo Gregorio y Ambrosio, eran de los más genuinos representantes de aquella Córdoba dieciochesca.

Gregorio, sin embargo, a causa de su viaje y estadía en Europa, no era el cordobés de antes. Sus ideas habían recibido influjos perceptibles. Halló al país convulsionado por una revolución a la española y le fue dado asistir como testigo inteligente de los hechos. Ese habría sido su sino, si no hubiera habido en él una vocación profunda, aunque oculta hasta entonces, por lo que Aristóteles llamaba la ciencia más ardua: la política.

Marañón ha dicho, con acierto, que cuando la historia corre como el agua

mansa de los ríos, sin obstáculos en su curso, los pueblos se gobiernan solos, no sólo sin políticos, sino a pesar de ellos.

Los sucesos de 1810 en Buenos Aires y en Córdoba despertaron su vocación política. Era algo que posiblemente no esperaba, pero que refrescó su espíritu y le puso alas, porque era capaz de ellas, para llegar a las alturas.

Algunas apreciaciones sectarias a nada conducen, y deben rechazarse de plano. A este respecto deben mencionarse algunas afirmaciones apresuradas de Ricardo Rojas, que rayan en las bajuras del libelo: "*Ante el llamado de su pueblo, siente nostalgias de su oligarquía eclesiástica, y ante el llamado de su patria, siente nostalgias de su metrópoli española*".

Para quebrar esas afirmaciones, es importante recordar hechos concretos relativos a la actuación de Funes. No sólo no existió la pretendida resistencia a brin-

dar apoyo al pronunciamiento de Mayo, sino que fue quien salvó su destino en el interior.

Cuando llegaron a Córdoba las primeras noticias oficiales de los sucesos ocurridos en Buenos Aires, la ciudad se conmovió profundamente. Entre los hombres principales, sólo Funes estaba iniciado en los propósitos determinantes del movimiento. Belgrano y Castelli mantenían correspondencia con él, informándole de los pormenores.

Ello explica fehacientemente su conducta mesurada y decidida. El gobernador Concha convocó a una reunión con el objeto de resolver cuál sería el temperamento a seguir en esas difíciles circunstancias. En su libro *Bosquejo de la Revolución*, consigna Funes que asistieron a dicha reunión el obispo Orellana, el general Liniers, el coronel Allende, el asesor Rodríguez, el gobernador, dos oidores, los alcaldes ordinarios y el propio Deán.

En esa reunión se decidió, por unanimidad, resistir a los procedimientos ilegales de Buenos Aires. Entonces se expresó el Deán en contra de los pareceres de los allí reunidos. Afirmó que la emergencia no admitía inquirir sobre la legalidad de los procedimientos; tal comportamiento se asemejaría al del piloto que disputa el timón, en medio de una gran borrasca. Sólo las fuerzas reales salvarían al país, y éstas no podían ser expuestas a una guerra civil.

Liniers calificó la posición del Deán como "una idea propia de verduleras" y le replicó que todo aquel que se adhiera a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires debía ser tenido por traidor a los intereses de la Nación. La conducta a seguir —según sus propias palabras— era "resistir la fuerza con la fuerza".

El Deán se negó a prestar su adhesión a los conjurados, y dirigió una carta

a la Junta, en la que explicó su valiente actitud durante las reuniones de los conspiradores, tenidas los días 31 de Mayo y 4 de Junio.

El voto contrario de Funes desvirtuó ante la sociedad cordobesa el de los conjurados, ya que ninguno, ni el mismo Liniers, tenía el prestigio del Deán. Según una Relación anónima (1), Funes no se contentó con negarse a apoyar a los insurrectos, sino que, por todos los medios, les debilitó las fuerzas de que disponían. A no pocos soldados de Liniers, Funes y los que eran de su parecer, provocaron a la desertión mediante entregas de dinero.

Ni paró allí la acción de Funes. Conocedor, no obstante el secreto con que se obró, de que los conspiradores de Córdoba habían enviado a Luis Liniers a Montevideo, en busca de refuerzos militares, y al Pbro. Bernardo Alzugaray a Santa Fe para lograr la adhesión de esa provincia a los planes de la conspiración, lo comunicó a la Junta de Buenos Aires. Los enviados de la conjuración fueron apresados y conducidos a Buenos Aires, y el paulatino fracaso, motivado por la prisión de Luis Liniers y del Presbítero Alzugaray, y también por la positiva adhesión a Buenos Aires, de Mendoza, San Luis, Salta, Tucumán y Santiago del Estero, modificó los planes de los conjurados.

Estos tuvieron una reunión secreta el 27 de Julio y decidieron no hacer frente a la expedición enviada por Buenos Aires, al mando de Ortiz de Ocampo, sino marchar al Alto Perú. También se propuso fusilar al Deán Funes.

Todos los concurrentes se adhirieron a la propuesta, con la excepción de Victorino Rodríguez, que señaló lo arriesgado de la medida por el prestigio que goza-

(1) *Anales*, III, 339.

ba el Deán en Córdoba. Esto fue lo que hizo que el fallo quedara sin efecto.

En su autobiografía, publicada en forma tan crítica por el Padre Furlong, en su *Bio-bibliografía del Deán Funes*, aunque hablando en tercera persona, anota muy atinadamente lo bravío que fue su proceder y lo considera muy superior al de los hombres de Buenos Aires, ya que éstos eran un grupo compacto y contaban con la fuerza de los Patricios; Funes estaba solo, sin otra fuerza que la de sus razones.

No estuvo con los conjurados, pero tampoco estuvo con los victimarios. Intercedió por ellos ante Ortiz de Campo e Hipólito Vieytes, y logró detener la ejecución, con la fundada esperanza de que se revocara la sentencia. Hasta se valió, para esto segundo, de la gestión de su hermano Ambrosio Funes ante la Junta en Buenos Aires.

Las súplicas no fueron atendidas por Mariano Moreno, que ratificó la decisión, censurando severamente a Ortiz de Campo por demorar su cumplimiento. La sentencia disponía: "arcabucearlos en el sitio donde fueran pillados". La orden de la Junta fue reservada a Castelli, que sería el brazo ejecutor.

Mitre afirma que Moreno y Castelli representaban el terrorismo, copiado de los métodos de la Revolución Francesa, y comenta así los fusilamientos de Cabeza de Tigre: "*decapitándose así la resistencia, se extendía a todas partes el terror que el nuevo gobierno infundía a sus enemigos, al ver sacrificadas víctimas tan ilustres*".

Funes nos ha dejado la impresión que le causara esa medida jacobina. La Revolución había decretado —expresa— "*cimentarse con la sangre de esos aturridos, e infundir con el terror un silencio profundo a los enemigos de la causa*"

y en "La Gaceta" del 15 de Abril de 1811 se expresó acerca "*del terrorismo y la furiosa democracia de los jacobinos de la Revolución*".

Me he extendido en la mención de esos antecedentes de la inicial actuación del Deán Funes, no porque revistan proyecciones especiales en el decurso de los acontecimientos, sino porque contribuyen a desvirtuar impugnaciones sin asidero en los hechos, según lo he indicado anteriormente, y porque ayudan a limpiar de agravios injustos, el buen nombre del Deán.

Una circular del 27 de Mayo, redactada por Castelli, fue enviada a los pueblos del interior, con el objeto de que éstos enviaran diputados a Buenos Aires, para incorporarse a la Junta de Gobierno.

Córdoba distinguió a Funes con elección unánime. Aparte de sus dotes preclaras y su sólida preparación, que lo señalaban como la figura más descollante de Córdoba, su vinculación con los hombres de la Junta fue motivo del discernimiento. Mariano Moreno había sido su abogado tres años antes, con motivo de un pleito que el Deán había sostenido con el Cabildo cordobés.

Ya electo representante por Córdoba a la Junta de Buenos Aires, Moreno le instó a que compartiese con él la dirección de "La Gaceta". Accedió a colaborar, y lo hizo eficazmente, escribiendo diversos artículos bajo el seudónimo de *Un Ciudadano*. Comenzó su colaboración con tres cartas, que aparecieron en los números del 20, 23 de Noviembre y 13 de Diciembre de 1810. "Bastarían —opina Ricardo Sáenz Hayes— esos tres artículos para acreditarlo como hombre de Estado avizor, que no improvisa cuando se trata de organizar un país, en el que poco o nada se sabe de asuntos constitucionales".

Si los más fervientes morenistas reconocen que las ideas constitucionales de Funes coinciden con las del secretario de la Junta, quiere decir que la disidencia que se produjo entre ambos no se debió a disparidades sobre la doctrina democrática. Lo que provocó la disidencia fue la incorporación de los diputados.

Cuando Moreno se opuso tenazmente a tal incorporación, Funes hizo valer los derechos que a él y a los demás diputados asistían y que no podían renunciar *motu proprio*, porque pertenecían esas prerrogativas a las ciudades del interior, que los enviaran. El Deán usó de la palabra en nombre de los diputados, y obtuvo pleno éxito. La votación subsiguiente, en la que participaron los miembros de la Junta y los nueve diputados del interior, fue unánime, si se prescinde de los votos de los secretarios Paso y Moreno, y consagró la tesis de la incorporación. Moreno debió retirarse disgustado y prevaleció Funes con la fracción saavedrista más moderada. No debe olvidarse lo que un morenista de tanta prestancia como Monteagudo, escribió años después: *"Se instaló el 25 de Mayo de 1810 la primera junta de gobierno; ella pudo haber sido más feliz en sus designios, si la madurez hubiese equilibrado el ardor de uno de sus principales corifeos"* (2).

El movimiento del 5 y 6 de Abril, aunque Saavedra no tuvo parte en el mismo, afianzó su autoridad y su prestigio político. La Junta emitió en esa oportunidad un manifiesto, redactado por Funes. Desde ese momento la gravitación del Deán fue superlativa, y ello significa la ratificación de su prudencia y sentido de las realidades. Como señaló el ya mencionado Sáenz Hayes, "la intolerancia se exacerbó en Moreno".

Este fue el autor intelectual del decreto del 10 de febrero de 1811, por el que

se creaban las Juntas Provinciales y a su inspiración debióse igualmente el decreto del 20 de Abril del mismo año, relativo a la libertad de imprenta.

La Junta Grande, consciente de que las dificultades y las discusiones, con la consiguiente disensión interna, imposibilitaban la existencia de un Poder Ejecutivo macrocéfalo, buscó una solución adecuada, y creyó hallarla, según expuso en el Acuerdo del 23 de Septiembre de 1811, en que instituía un Poder Ejecutivo de tres vocales y tres secretarios. Eliigió los triunviros y se transformó en Junta Conservadora.

La separación de poderes, proclamada en el Acta de Mayo, recién se hizo efectiva con la creación de este Poder Legislativo independiente (cuya denominación completa era: Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII), surgido del "Reglamento Orgánico", que redactó Funes. Es el primer ensayo constitucional argentino. Recuérdese cómo la Primera Junta había ejercido los Poderes Ejecutivo, Legislativo, e incluso Judicial, al juzgar a los conspiradores de Córdoba.

Ese Reglamento Orgánico molestó al Primer Triunvirato, que, heredero, en no escasa medida, del espíritu de Moreno, estaba encaminándose a la dictadura, bajo la inspiración de Rivadavia, secretario de gobierno, y el Triunvirato obró lógicamente: disolvió la Junta Conservadora, y anuló el Reglamento, sometiendo arbitrariamente al dictamen del Cabildo de Buenos Aires.

Vicente Fidel López ha dicho que "todos los defectos que se reprochaban al Reglamento del Deán Funes son precisamente la base de un gobierno constitucional".

(2) *Escritos políticos*, Ed. Enciclopedia de la Intelectualidad, Buenos Aires. s. f., p. 94.

A raíz de ese golpe de Estado, Funes renunció a toda actuación pública. Su alejamiento fue fecundo en un sentido, pues escribió entonces su *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*. En 1815 se le nombró redactor de *La Gaceta*. Luego integró la Comisión redactora del Estatuto Provisional.

Fue elegido por su ciudad natal diputado al Congreso de Tucumán. La elección de representantes —por ciudades— se realizó en violación de una norma expresa del Estatuto Provisional de 1815, que establecía la representación por provincias.

Se incorporó al Congreso cuando éste sesionaba en Buenos Aires y fue redactor del manifiesto con que se publicó la Constitución de 1819, en el que hizo una reseña de los acontecimientos políticos a partir del 25 de Mayo de 1810. Cuadro sombrío, pero auténtico el suyo.

Para el Congreso Constituyente de 1824 fue nuevamente electo por Córdoba y rehuyó la presidencia del cuerpo; en cambio intervino con brillo en todos los debates de importancia. Esta sería su última actuación en la vida política argentina.

Contemporáneamente, fue nombrado por Bolívar agente de negocios de Colombia cerca del gobierno argentino y mantuvo activa correspondencia epistolar con el prócer colombiano.

La austeridad de su conducta está comprobada por la pobreza que le afligió. A Bernardo Monteagudo le confiesa en una carta que se encuentra en situación de pordiosero. Sarmiento recuerda en el capítulo que dedica a Funes en *Recuerdos de Provincia*, que para vivir tuvo necesidad de vender, uno a uno, los libros de su biblioteca y deshacerse de su *Enciclopedia Francesa*, tan estimada y rara entonces, y desbaratar su colección

de raros manuscritos, cambiando por pan para el cuerpo lo que había servido para alimentar su alma.

Sirva esto para rectificar el juicio despiadado de Groussac, en su biografía de Liniers, referente a Funes: “*era un sacerdote instruido y liberal, no destituido de talento literario ni de moralidad: sólo que su moralidad fluctuaba a merced de sus pasiones. Entre éstas eran dominantes la vanidad y la ambición*”.

● CRITERIOS INSTITUCIONALES

El ideario que apoya las posiciones de Funes en los distintos planteos de política práctica, en que le tocó actuar, comienza a revelarse en las tres colaboraciones en *La Gaceta*, aparecidas con el seudónimo de “Un ciudadano”. Guillermo Furlong, en su *Biobibliografía del Deán Funes* afirma que el corto título de esos tres artículos expuesto en forma más comprensiva pudiera ser: *bases para la formación y organización de la Nación Argentina*.

Sostiene allí la necesidad de tener una Constitución, que no debe estar basada en la española, pues aún viviendo Fernando VII “*no merecerá el reconocimiento de las demás naciones, y, por ende, no se nos forzará a aceptarla*”. Insiste en la necesidad de que la futura constitución esté inspirada en espíritu democrático.

Esas cartas —artículos— lo reconoce el mismo Deán— son elementos de propaganda revolucionaria y la crítica está teñida de antiespañolismo, que no es en él sentimiento profundo, sino actitud circunstancial, pues advierte Furlong que en el fondo se descubre la sana tradición española como lo manifiesta en los discursos anteriores a la guerra de la independencia, sobre todo en su magnífica

Oración Congratulatoria, pronunciada el 23 de Setiembre de 1807, ante el pueblo y el Cabildo de Córdoba, en homenaje a Nuestra Señora del Rosario, por la victoria obtenida, ese mismo año, sobre el invasor inglés.

Enrique Martínez Paz ha estudiado la génesis de su pensamiento, basado en las doctrinas de Francisco Suárez sobre las fuentes de la soberanía, que habían sido difundidas por los jesuitas en las aulas de la Universidad de Córdoba. El epíteto de liberal que se le atribuyó a Funes, sólo puede significar su abierto rechazo del absolutismo, y no su comunión con la filosofía homónima condenada por la Iglesia en el *Syllabus*. En la incidencia de la incorporación de los diputados del interior, en su participación con los lineamientos políticos de Saavedra, y en el decreto de erección de Juntas Provinciales, se advierte el propósito de reinstitucionalizar el país bajo un régimen federal. Tratábase de una reproducción autóctona del sistema organizativo que había adoptado entonces España, ya casi invertebrada por el golpe napoleónico.

Esa Nación se empeñaba *"en reparar un edificio gótico que habían desplomado el tiempo, el abandono, y la suerte"*, según frase de Funes, no exenta de un cierto desdén por la situación de España.

Sin embargo, como el problema político de América no era tan apremiante como el español, los regionalismos no alcanzaron al exacerbamiento que caracterizaba a las Juntas Peninsulares.

Para Funes el gobierno peninsular *"parecía ya insuficiente para garantizar la existencia de la Patria... Las provincias estaban en contradicción con su autoridad; las bases de la monarquía desquiciadas, los miembros dispersos del vasto cuerpo del Imperio sin atadura política que los*

uniese; este defecto de unidad lo hacía inanimado y sin fuerzas". Así se expresaba Funes en su *"Bosquejo de nuestra Revolución"*.

Funes, como todos los hombres de Mayo, temió que las autoridades españolas entregaran las provincias americanas a Napoleón. Por eso escribía, el 17 de Enero de 1811, en *La Gaceta* de Buenos Aires, que el gobierno de la Junta *"tuvo como primera atención preservar estos dominios de las garras de Napoleón. En efecto, Buenos Aires hubiera vivido tranquila bajo el gobierno de sus antiguos magistrados si no hubiese advertido que la pública autoridad, puesta en sus manos, era un depósito muy peligroso a su suerte y a la fidelidad de los depositarios"*.

La perplejidad de los americanos frente a los hechos peninsulares se advierte en su escrito de *La Gaceta*, del 7 de Agosto de 1810, titulado *"Parecer del Deán de la Iglesia de Córdoba, Dr. Gregorio Funes referente al nuevo gobierno establecido en la Capital del Virreynato"*. Allí se preguntaba por la actitud de América, frente al espectáculo español, en que *"un rey intruso deshonraba el trono"*, en que la Junta Central de Sevilla *"por impericia o por traición"* fracasaba, en que *"el nombre del Rey, que a todos debía unir no era otra cosa que un fantasma que cada cual ponía delante para autorizar la división"* y las Juntas se erigían en soberanías parciales. Funes sostuvo como única solución política, la de la independencia, que se concretaría con el Congreso de Tucumán en 1816: *"reconcentrarse en sí misma y asegurarse por medio de un gobierno pacífico y legal"*. Conviene tener en cuenta el momento político de tales afirmaciones: Funes aún integraba la *"Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII"*.

En cuanto a la organización interna, propiciaba un sistema de Confederación,

más que un Estado federal; un sistema equivalente al adoptado por las colonias inglesas en los "Artículos de Confederación y Paz Perpetua". Las mismas ideas confederalistas aparecieron en las "Instrucciones a los diputados orientales" de Artigas. Fueron rechazadas en la persona de los diputados en anárquica Asamblea de 1813, por influencia de Alvear. El sistema propugnado fue el que de hecho organizó al país, manteniendo su cohesión por medio de los pactos, desde 1820 hasta 1831. Pero el sentido de unidad nacional, expresado en la admisión de una federación de hecho, o de una futura federación, según la letra de los pactos, evitó que se produjeran conatos disgregadores de la nacionalidad.

En el Congreso General, convocado en 1824, Funes aceptó como solución transitoria la ley del 23 de enero de 1825, que encomendaba al gobernador de Buenos Aires el manejo de las Relaciones Exteriores. Contra el proyecto de Capitalización de Buenos Aires disertó en brillante impugnación. Adujo la oposición manifiesta de la Junta Legislativa de Buenos Aires, y la de las provincias del interior. Asimismo señaló que significaba una violación del orden establecido y que regía de facto, que era el federal. Las provincias o Estados —afirmó— "*se reservan su soberanía y sus instituciones particulares, tienen el derecho de hacer las leyes que juzguen más convenientes, y para formar una Nación se reúnen en Congreso Nacional*". Su argumento básico se apoyaba en que la ley de 1825 suponía un pacto federal.

Ricardo Levene ha hecho un análisis de las dos tendencias que formaron inicialmente la orientación federal, y distinguió dos distintas concepciones federalistas: la de Funes y la de Gorriti.

Funes, por su decreto acerca de las

Juntas Provinciales, realización pragmática, aunque de duración exigua, de su ideario federalista, no alteró el mapa geográfico-político de las Intendencias; sólo modificó su espíritu centralista y unipersonal, por el colegiado de origen popular. Destaca Levene: "*el federalismo de Funes es el de las Intendencias, si fuera posible hablar así, o sea la autonomía de dichas intendencias por el sistema de elección popular de los miembros de las Juntas... en tanto que el de Gorriti... es el federalismo de las ciudades, con sus Cabildos cabezas de distrito*".

La crítica al Reglamento de Juntas Provinciales brotaría de la Representación de Jujuy. Gorriti, en un escrito presentado el 4 de mayo de 1811, exige a la Junta de Buenos Aires "que cada ciudad se gobierne por sí con la sola dependencia del gobierno supremo". El Deán, en carta a Ambrosio Funes, se refiere a la pretensión de Gorriti, calificándola como "pensamiento bárbaro".

En la réplica que dirige el Deán al clérigo jujeño, le señala la contradicción de haber firmado el decreto de Juntas Provinciales, que impugnaba.

Nunca desarrolló Gregorio Funes con más amplitud el conjunto de su ideario político, que en el *Manifiesto*, que redactó y firmó como presidente del Congreso Constituyente, el 22 de Abril de 1819, y que encabeza la Constitución de ese año. Por aclamación mereció el asentimiento de todos los Congresales.

Sólo voy a referirme a algunos puntos de ese largo y erudito documento. Las características generalmente atribuidas a la Constitución de 1819 —unitarizante y aristocratizante— responden a una impresión general de disgusto por el desarrollo de los acontecimientos, a partir de la Revolución de Mayo. Dice Funes: "*la discordia hizo sonar su trompeta entre*

nosotros mismos y vino en auxilio de nuestros enemigos. Nada disimulemos: quedaron confundidos el derecho con el interés, el deber con la pasión, y la buena causa con la mala; los gobiernos se suceden tumultariamente como las olas de un mar agitado. Abatir el estandarte sacrílego de la anarquía y de la desobediencia fue lo primero a que el Congreso dirigió sus esfuerzos".

El nuevo punto de partida puede considerarse cifrado en estas palabras: "*Vednos aquí, ciudadanos, empeñados en dar a la máquina política una acción sin abusos y un movimiento sin destrucción*". Le preocupa lo mismo que el abuso de la autoridad pase a tiranía, que la libertad del pueblo degenere en licencia, en juntas tumultuarias.

Agrega: "*Tuvimos muy presente que es necesario trabajar todos para el pueblo y nada por el pueblo; por lo mismo limitamos el círculo de su acción a la propuesta de elegibles*".

Es evidente que la desilusión respecto de la democracia abusiva ya había dado sus frutos, en muchos actantes, lo mismo en Monteagudo que en Funes. Vuélvese hacia la esperanza de la educación pública y encomia el establecimiento de escuelas.

Sin duda, su pensamiento más profundo se refiere a la división del poder, a la manera preconizada por Montesquieu, y a la idea del gobierno mixto, que desde Polibio y Santo Tomás de Aquino, viene siendo un ideal que alienta los regímenes del gobierno constitucional.

Con frase pomposa asegura el Deán la equidistancia entre la democracia fogosa de Atenas, el régimen monacal de Esparta, la aristocracia patricia o la efervescencia plebeya de Roma, el despotismo de Turquía, y la federación complicada de algunos Estados. Cree que la

constitución ofrecida a los pueblos resulta un estatuto casi perfecto, colocado como un estado medio entre la convulsión democrática, la injusticia aristocrática, y el abuso del poder ilimitado.

Es de un lejano discípulo de Montesquieu esta reflexión: "*no hay sentimiento más natural al hombre que el de extender el poder de que está revestido... Un magistrado armado es siempre emprendedor; y de la violación de las leyes a la tiranía, el camino es corto... La balanza de los poderes está equilibrada; los derechos tienen garantía, y la licencia un freno. La ambición siempre se aprovecha del sueño de los demás, y ella nunca duerme*".

Es lamentable que tanto esfuerzo intelectual y tanto recuerdo de Montesquieu, no sirviera para hacer cristalizar en la vida real política la Constitución, barrida en las caóticas convulsiones del año 20.

● LA ORTODOXIA DE FUNES

No pocos son los que han impugnado la ortodoxia de Funes. Se han traído a colación las ideas de los enciclopedistas y de los precursores de la Revolución Francesa, sin percatarse de que las derivaciones de los principios católicos, en la época de Funes, no estaban iluminados como lo están ahora. Se ha querido juzgar a Funes a la luz del *Syllabus*, que vino medio siglo después de su deceso.

Así el regalismo fue una epidemia intelectual generalizada y que contaba con las simpatías de innumerables eclesiásticos. Respecto al mismo, aparece Funes con actitudes y dictámenes que han sido asaz discutidos, y no siempre igualmente interpretados.

La Junta de Gobierno surgida del movimiento de Mayo se encontró con el

problema de decidir el procedimiento a emplear respecto de la provisión de una canongía magistral vacante. El rey de España había ejercido el Patronato de la Iglesia Americana en virtud de una concesión Papal tan amplia, que legítimamente había suplantado en no escaso grado al mismo Papa, como Vicario del Vicario de Cristo, en los reinos de Indias. Las Reales Cédulas, referentes a disposiciones eclesiásticas, con ser documentos de una autoridad civil, entraban a formar parte del Derecho Canónico. Téngase presente todo eso, y se apreciará la respuesta de Funes a la pregunta de la Junta: ¿podía ésta usar del Patronato?

Decidióse someter el asunto a dictamen de dos ilustrados eclesiásticos cordobeses: Funes y Aguirre. Ambos llegaron a idénticas conclusiones, como si hubiese habido previo acuerdo, lo cual no sería nada extraño. Es significativo el detalle de que los documentos llevan la misma fecha 15 de Septiembre de 1810.

Respecto a la pregunta de si el Patronato era una regalía otorgada a la persona de los Reyes, o estaba anexa a la soberanía, Funes se expide por este último supuesto, y considera que la Junta debía suplir la representación del Rey cautivo, aunque aconseja cautela en el empleo de este procedimiento, si no fuera urgente.

Este principio sentado por Funes aparece prolongándose en la legislación argentina posterior y en las prácticas administrativas. Aquel dictamen, entre otros antecedentes, apoya lo resuelto finalmente en la Constitución de 1853, al otorgar a los tres Poderes del Estado Argentino varias facultades correspondientes al llamado Patronato Nacional. El espíritu de la prescripción se afirma en gran parte (sin perjuicio del Concordato previsto) en el supuesto de la inherencia a la so-

beranía y en la sucesión de los títulos de España.

La tesis regalista de Funes proviene de la doctrina expuesta por Solórzano y Pereira y por otros autores acerca del Patronato Indiano, la cual siguió teniendo gravitación destacada en nuestro país hasta el presente, según puede verse en documentos de la Corte Suprema de Justicia.

El aspecto regalista en las opiniones de Funes indujo al eminente polígrafo y crítico literario, Marcelino Menéndez y Pelayo, a calificarlo de "teólogo con ribetes jansenistas".

Por otra parte, el Deán Funes volvió de España, si es que no lo estaba antes de ir, empapado del filosofismo francés. Esto lo llevó a una posición proclive al liberalismo. En la *Oración Fúnebre*, que pronunció con motivo de las exequias de Carlos III, se manifiesta vocero de las teorías contractualistas y del Pacto Social. Que tenía alguna idea de Rousseau aunque poco acertada, es evidente. Funes desarrolló esa idea del pensador ginebrino: "el hombre nace libre y vive doquiera encadenado", que es frase inicial del "Contrato Social". Sin embargo, de paso podemos señalar con Furlong (3) que su afán de aparecer como un eco del Contrato Social desentona con su acusación en 1799, ante el Virrey, contra los Franciscanos, por enseñar éstas doctrinas "perniciosas", como que la ley necesita la aprobación del pueblo: "un monstruo de los muchos que ha producido el espíritu de sedición!".

Mariano de Vedia y Mitre (4) afirma, al tratar los escritos políticos de Funes que "*bebió en la fuente de la filosofía liberal del siglo XVIII, y Rousseau y Montesquieu le eran familiares*". Sar-

(3) *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata*, pág. 649.

(4) MARIANO DE VEDIA Y MITRE: *Historia General de las Ideas Políticas*, t. XI, p. 276.

miento anota en sus "Recuerdos de Provincia". "acusábase al venerable Deán con sobradísima razón, de estar abriendo el campo a Voltaire, D'Alembert, Diderot y Rousseau, y a los jacobinos franceses".

En el *Manifiesto* del 22 de abril de 1819, que encabeza la Constitución de ese año, escribió acerca de "una criminal filosofía que pretende sustituir con sus miserables lecciones las máximas del Evangelio".

La ortodoxia de Funes frente al filsofismo francés la atestigua —curiosa ironía— Ingenieros, en algunas frases desdenosas: "*ingenio le sobraba, ciertamente, y pocos le aventajaban por el abundante acopio de lecturas muy poco ortodoxas, aunque sus repetidas citas de Condillac resultan simples gayaduras de un vestido cortado en la sastrería espiritual de Suárez. El Deán, con menos virtudes que talento, vivió en todas partes desorbitado, y en todo momento fue inactual, acaso más libelático que hereje*" (5).

El Dr. José Ignacio Olmedo, que incansablemente se ha dedicado a defender la memoria del ilustre Deán —incluso rompiendo lanzas con Rómulo D. Carbia— sostiene que la libertad de cultos que propugna no es ciertamente la del liberalismo; se refiere a la mera tolerancia para evitar mayores males, en algunas circunstancias, como la Iglesia lo permite.

Dijo Funes en el *Examen crítico*: "tolerar los demás cultos no es aprobarlos, ni menos hacernos responsables de una criminal indiferencia sobre todas las opiniones de los hombres; promoveremos la tolerancia práctica, no la especulativa. Cuando decimos que la autoridad pública debe tolerar los cultos religiosos, no es nuestro ánimo desnudarla de la preciosa prerrogativa que la hace protectora de la Fe".

Agrega Olmedo: "la aprobación que de los escritos del Deán hizo Castro Barros es de un valor innegable, atento a la proverbial ortodoxia de este eminente sacerdote patricio" (6).

Del juego de encontradas opiniones acerca de la fidelidad del Deán a la ortodoxia, puede concluirse que en lo substancial mantuvo su permanente adhesión al seno de la Iglesia.

● RECAPITULACION

Gregorio Funes sigue suscitando aguda polémica, aún hoy a más de un siglo y cuarto de su muerte.

Ha conjurado en su favor y polarizado en su contra grandes voces y plumas combativas. Aun aquellas que lo vilipendian, sólo consiguen destacar los firmes títulos que posee para no ser olvidado de futuras generaciones. Ingenieros se pronuncia en airado dicerio: "*El Deán... unía a su astucia refinada un incansable espíritu de intriga... Bilioso de temperamento y subrepticio por educación, ninguno de sus actos aparece dulcificado por la piedad cristiana, y no hay en sus escritos una página que emane suave perfume de sentimiento místico*" (7).

En su defensa han concurrido con eficaz aporte Vedia y Mitre, Martínez Paz, José Ignacio Olmedo, Altamira, y el R. P. Guillermo Furlong.

El reconocimiento de sus quilates literarios y de su talento como escritor es unánime. Este aspecto vigoroso de su genio es reconocido incluso por aquellos que no comulgan con el sentido de su actuación. Alejandro Korn, por ejemplo, afirma: "*El Deán Funes es el tipo de un*

(5) JOSE INGENIEROS: *Evolución de las Ideas Argentinas*, t. I, p. 221.

(6) JOSE IGNACIO OLMEDO: A propósito del libro "*El Deán Funes, un apóstol de la libertad*", de Enrique Martínez Paz, "*Criterio*", 10 de Agosto de 1950.

(7) *La evolución de las ideas argentinas*, tomo I, p. 213.

espíritu ilustrado, abierto a los impulsos de su época, que entiende conservar como base de las reformas y cambios cuya necesidad reconoce, su arraigada convicción religiosa y escolástica" (8).

Sólo existe la expresión agresiva de Paul Groussac, que en frase ríspida aludía al Deán, volcando su habitual mal humor intelectual: "*su talento ciceroniano consistía en diluir ideas cortas en frases largas*" (9).

Muchas de las expresiones airadas que levanta la crítica a Funes, se deben ciertamente a la combatividad de sus escritos. Hirió y fue herido.

Sin duda es "*el sacerdote argentino de mayor genio político*", como lo calificó Octavio R. Amadeo.

Su actuación pública se definió por la defensa de los principios autonómicos

provinciales, consagrados a lo largo de tres siglos de administración hispánica, que transplantaron a los pueblos americanos el localismo de sus viejos fueros comunales.

El federalismo de visión amplia, que el Deán propugnaba, tendiente a consolidar grandes unidades, pudo ser elemento de aproximación de dos tendencias rivales, que dirimieron sangrientamente su antagonismo.

Por eso es su actuación aporte valioso a la génesis de nuestra personalidad nacional.

El Deán ha cumplido con Córdoba, con la Patria y con la Iglesia.

(8) *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, 1936, p. 113.

(7) *Evolución de las ideas argentinas*, tomo I, p. 213.